



150402

DOMINGO

Crónicas
Culturales

Tres poetas de la región

Por Leonidas Rubio

Un finísimo hilo comunicante recorre "La casa abandonada" (1995), sin que ello logre borrar los acusados perfiles de sus autorías: Bernardo González, Ricardo Opazo y Enrique Villablanca. Un parentesco con la poesía lírica (de los dioses del Lar, la infancia como paraíso perdido a un tiempo que encontrado a través del recuerdo; el espacio mitológico y psicológico del hogar; el locus amoenus, la arcadia), liga estas voces con una de las vetas distintivas de nuestra tradición poética nacional. Cuanto más de interés, si esta tonalidad temática -el lar- encontró su hábitat preferente en el sur de Chile, con J. Teillier y Juvenio Valle a la cabeza, haciendo de lo pluvioso y lo histórico -el mundo de La Frontera como diálogo y divorcio permanente- sus rasgos emblemáticos. Pero no es menos cierto que el centro territorial ha tenido en lo agrario y lo fluvial -la presencia patriarcal del Maule- su propia identidad verbal y visual, su propio sello de espíritu. Y ha sido desde luego Efraín Barquero el mayor intérprete de esa herencia, aun cuando el grueso de su obra ha sido escrito fuera de Chile. Mi impresión es que Bernardo González y Ricardo Opazo bevan este signo de lo lírico-mauleño, son tributarios aunque no deudores de esta tradición; proclaman su

sentido de pertenencia a lo rural a la vez que fluvial de nuestra cultura geográfica; se inscriben en un patrimonio silencioso pero persistente de nuestras tendencias poéticas.

La sección de González es contenida, sobria, epigramática. Muy distinta -en lo formal, que no en su contenido- a sus poemas de "Nuevamente los pájaros acuden a rescatar mi soledad" (1990), más frondosos, atrevidos. No creo que el cambio de formato favorezca -aunque no necesariamente perjudica- esta escritura. Antes bien, tendrá en la brevedad su originalidad mayor. Sólo el hallazgo poético, el genio, más que el ingenio, pueden salvar de la fórmula vana a este estilo. Su riesgo es la analogía más escueta, cuando dice por ejemplo en "Estatua": "Fogata/fría". Y ¿por qué no un poema llamado 'fogata' que diga: Estatua/ardiente? Algo más se pide al poema que la estricta enunciación. Pero no nos detengamos en esto. Bernardo tiene páginas excepcionales, más aún cuando extiende, libera, apebebece en su voz el mundo. Su discurso es propio, es suyo.

Más continuador de su línea anterior es Ricardo Opazo. En su sección "Colgado de los dientes" mantiene el ritmo que ya vimos en "Poemas para naufragar en tu piel" (1990). Más intimista, su tratamiento del objeto es menos tradicional, acaso también, menos programático. Por lo mismo, más espontáneo. Así queda dicho en una página memorable: "Las cosas del mundo/están allí no importando/estrategia alguna?... Las cosas meditan /sobre

los hombres/ y éstos aparecen/ y se esfuman". Esta vida independiente que cobra el objeto, está llevada en Opazo a un ritual de la contemplación; el hombre es proyección del objeto. Dejando pendiente cierta levedad temática, el logrado equilibrio entre texto y contexto aproxima la poesía de Opazo a los mejores momentos de nuestras voces nacionales.

La sección de Enrique Villablanca, "Vacíos", representa otra opción. De atmósfera urbana, su mirada es autorreferente, mordaz; su tema es la sociedad como ruina, subproducto de relaciones anquilosadas. Nada trascendente, todo predecible. Como queda dicho en "Bares": "Despilfarrar de tristísima alegría". La poesía de Enrique es más diestra técnicamente. También más abstracta. Los objetos ya no son la realidad; son símbolo, introspección, herramienta para sondear un yo siempre aislado y difuso: "¿Soy yo el invitado/ de mí mismo/ que llegó a esta cena equivocada?", dice en "El otro". Y esa presencia desdoblada signa todo su discurso: otredad, fantasmagoría de un hablante que contempla agazapado; que es testigo de algo que le rodea pero que no integra: "Hombres sentados/sobre cerros/en febril

actitud de empollarlos". Dominio de todo que es distancia de todo. Poesía que es un conocer a la vez que un desatender. O como sugiere tan vallejanamente en "Imagen": "Dios se equivocó conmigo", lo que equivale a la total inocencia. Por eso es lógico un poema como "Baño matinal" ("juego con mi sombra retráctil/con mis ropas domésticas..."). No obstante este optimismo tiene un tono de transitoriedad fatal. No es un estado normal. No es su elemento. Tampoco es la pieza de mejor factura. No está cómodo. Enrique sintoniza con las voces de resonancia trágica, solemne, ascética, presente en la poesía de todos los tiempos: Job, Ugaretti (cuya cita es divisa del conjunto), Pessoa, Eliot. También no menos, el propio Vallejo.

En "La casa abandonada" se encuentra el mejor semblante de la poesía de nuestra región. Con rasgos universales, insertos a la vez que originales dentro de la tradición chilena; ajenos a todo folclorismo pero ligados a su tierra. Esperamos desde estas líneas, contar pronto con nuevas muestras de estos genuinos poetas del Maule y de Chile.

Tres poetas de la región [artículo] Leonidas Rubio.

Libros y documentos

AUTORÍA

Rubio, Leonidas, 1970-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Tres poetas de la región [artículo] Leonidas Rubio.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile